

Los jóvenes vivían separados por una alambrada, que se elevaba por encima del Huayna Pichu hacia las nubes altas que coronan los Andes. El furioso río Urubamba, que forma un círculo alrededor de casi toda la cresta, impedía cualquier intento de rodear el monte para encontrar algún lugar de paso. Los dioses habían levantado ese entramado tupido, de bordes filosos, como castigo a las dos tribus hermanas que guerreaban entre sí, derramando la preciada sangre inca.

Yawar Waqaq, guerrero feroz en la batalla, quedó a merced de Tamaya desde el momento en que adivinó la figura esbelta de esa muchacha de largas trenzas, al otro lado de la cerca.

Tamaya, atraída por la sombra musculosa esculpida en bronce, animaba a Yawar a reunirse con ella.

—Córtate una mano, un brazo, si eso es menester —le rogó una noche, mientras apenas se rozaban a través de los resquicios.

—Y sin mano, sin brazo, ¿me amarás? — Yawar miró sus manos grandes, que a tantos enemigos habían vencido.

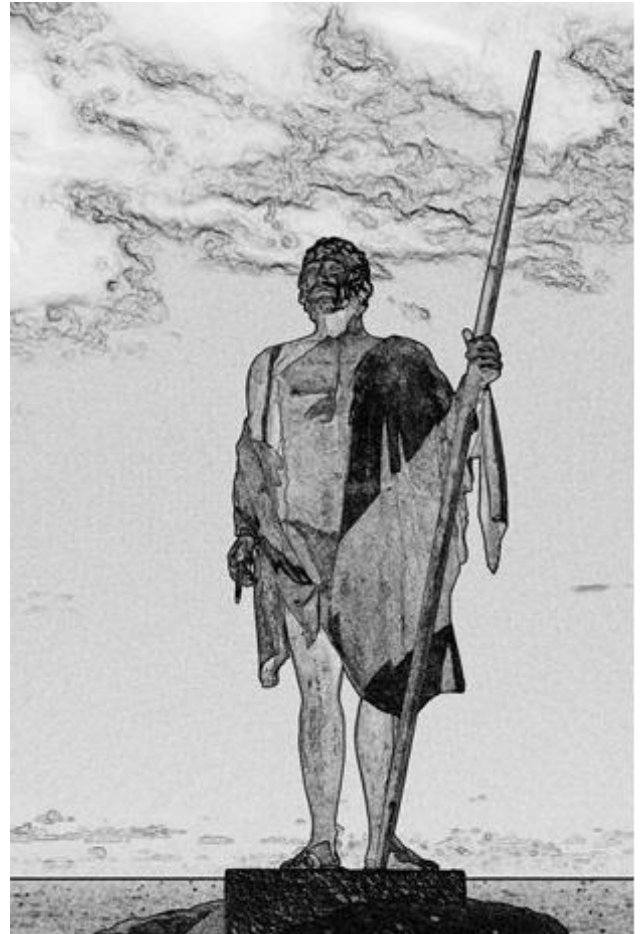
—Te amaré siempre.

Al cabo de tres lunas, volvieron a encontrarse. Habían caminado muchas leguas a lo largo del obstáculo que los separaba, en busca de una abertura. Los muñones estaban cicatrizados, pero la amputación no había sido suficiente para que Yawar pudiera pasar a través de los agujeros, que apenas se abrían. Tamaya, haciendo honor a su nombre, se obstinaba en lo imposible.

—Eres demasiado corpulento. ¡Córtate una pierna... o las dos! —le urgió en un grito desesperado.

—Y sin piernas ¿me amarás?

—Te amaré siempre.



La luna llena había plateado muchas noches las altas cumbres, cuando los jóvenes volvieron a encontrarse. Yawar había segado sus dos piernas. Con un solo brazo y una sola mano, intentó abrirse camino a través de los orificios de la valla, pero su cuerpo mutilado seguía sin encontrar el hueco necesario.

—Amada mía —le dijo—. Ya no me queda más que este brazo para abrazarte y esta mano para secar tus lágrimas cuando llores al verme, si algún día podemos conseguirlo.

—¡Córtate el brazo, córtate la mano! Así podrás lograrlo y por fin estaremos juntos —le replicó Tamaya.

Los dioses se apiadaron de Yawar, al ver arrastrar su tronco enamorado por la tierra pedregosa de los Andes. Una noche clara, los jóvenes vieron con alegría desbordante que la valla terminaba junto a un recodo manso del Urubamba, el río sagrado.

El torso aceitunado, la cara de altos pómulos y ojos verdes higuera era lo único que quedaba del guerrero cuando se encontraron.

—¡Tamaya! —gritó Yawar al verla. Una piedra le dio el sostén para erguirse—. Abrazame amor mío. ¡Los dioses han oído mis plegarias a lo largo tantas cosechas!

—Tú no eres Yawar —terció la joven con mirada repulsiva—. Tú no eres el hombre al que yo amo. —Y tenía razón: su enamorado había renunciado a sí mismo para complacerla.

El llanto humedeció el rostro del guerrero inca. Yawar Waqaq, *El que llora sangre*, en lengua quechua, comprendió lo inútil de su sacrificio. Con la dignidad inherente a su raza, alzó la cabeza y esperó la muerte.



(Foto asv)

Junto al Urubamba, los dioses conservan la piedra salpicada de lágrimas escarlata. De luna en luna, un águila sin patas se posa en ella.